

**PRESENTACIÓN DE “SUEÑOS”
NORA INIESTA Y SU LIBRO BICÉFALO**

Curiosa idea la de Nora Iniesta, aunque no sorprendente dada su modalidad inquisitiva y su obsesión por la ambivalencia, inventar este pequeño libro caracterizado por un doble mensaje, fruto quizás de su propio deambular en persecución de las imágenes que reflejan, voraces, el vértigo del presente, o que se esfuman heridas por el implacable destierro del tiempo.

El libro que hoy se presenta es una caja de sorpresas: pasamos de la nada potencial de las páginas en blanco, promesa de enunciación aventurera, a la matemática seriación de números que invitan a revelar un destino encubierto. Tal relación parece establecer un azaroso vínculo entre lo onírico y una simbología de antiguo cuño, remozada por el empleo popular. De modo que, por un lado vemos encasillados los números donde habita la suerte, cara al futuro, y por el otro las citas de seres famosos, ligadas a sus experiencias fortuitas, cuyo lenguaje reaviva la autora en una reverencial exhumación literaria.

Como es de esperar, resplandecen los inolvidables octosílabos de Calderón de la Barca: “Que toda la vida es sueño/ y los sueños, sueños son”, en medio del esclarecedor pensamiento de uno de los más conspicuos dueños del inconsciente, Carl Gustav Jung, que afirma: “En los sueños podemos esperar encontrar todo lo que siempre ha sido significativo en la vida de la humanidad”, o del ya casi olvidado Lin Yutang y su sabiduría oriental, tan leído en los 40: “Es importante que e hombre sueñe, pero lo es igualmente que pueda reírse de sus sueños”.

Muchas otras frases podríamos rescatar que dan cuenta de la antológica sed testimonial de Nora. Ellas ofrendarían al “desocupado lector” , para decirlo de manera cervantina, un solaz espiritual a veces enigmático, siempre fascinante. Tal libertad selectiva, choca con la faz de una tabla numérica, que traza un límite aritmético para cada imagen soñada. La reflexión que

nos suscitan los textos seleccionados por Nora, no alcanza a disminuir por completo la gravitación poética que de ellos emana y que elude todo intento de teorizar.

Contrariamente a lo que podríamos suponer, la obra no contiene figuras o cualquier tipo de representación gráfica. Somos visualmente libres de imaginar lo que queramos, guiados por el fluir de las palabras o por las cifras matemáticas que allí reposan, herméticas, inquietantes. Cabe entonces recordar lo que la crítica Mercedes Casanegra señaló en 1998, cuando la exposición de Nora en el Fondo Nacional de las Artes.

Mercedes notó la presencia de un “vacío” expectante en su obra, a lo que yo agregaría, aunque parezca contradictorio, el “peso” de un vacío. En esa sensación que Mercedes ve como “un silencio expectante”, prometedor de una “afirmación” más que de una negación; creo advertir por mi parte algo así como un escamoteo. Nora muestra, sí, pero deja otro espacio sin mostrar, como si jugara al escondite. Se me ocurre, entonces, que instaura la posibilidad de una dialéctica entre lo que llamaríamos *discurso* y *reserva*. El discurso se objetiva, en esta circunstancia, en la presentación de los textos, presentación dictada además, por un determinado estado de ánimo, pero ello no basta para anular lo que queda: la existencia de un proyectivo subsuelo conceptual, desde donde las ideas *in fieri* pugnan por aflorar.

No está demás recordar como antecedente de lo que hoy llega a nuestras manos, otros libros, como los que exhibió en 1984. En esa oportunidad, eran de mármol, una “materia concreta”, como destacó, para enfrentar la fugacidad del tiempo. Había, en la exposición de la Galería del Retiro, bajo una campana de vidrio, un libro pequeño, también de mármol, alusivo a la perpetuidad del instante. En esta extraña escultura, palabras de la autora, “está condensada - y protegida - la energía de un día, de un momento; porque a pesar de que temporalmente los 365 días son *iguales*, hay vivencias que nos hacen sentir de manera muy distinta cada uno de ellos”.

Si transferimos al momento actual tales planteos, el libro “Sueños” también trata de apresar la fugacidad del tiempo, pero ahora es a través de una frondosa trama literaria extraída del pasado - susceptible de ser aumentada si alguien se lo propusiera - y en contrapunto con la “nada” virtual, promisoria, de unas cuartillas no pintadas ni dibujadas.

El juego que se entable entre las citas (el discurso) y el peso específico del vacío (la reserva) hará que todo lector “expectante” encuentre en la oquedad del silencio ese otro yo con quien reírse de si mismo.

GUILLERMO WHITELOW

Buenos Aires, 5 de octubre de 2005.